

Como Guillermo Colgate Probó la Promesa Divina



“Traed todos los diezmos al alfolí: . . . y probadme ahora en esto, si no abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde”.

-- Jehová de los Ejércitos

Hace algunos años un joven de unos dieciséis años de edad salió de su casa buscando como ganarse la vida. Andando por el camino a la orilla de un canal, se encontró con un anciano, capitán de un barquito con quien entabló el muchacho una importantísima e interesante conversación.

“¿A dónde vas, Guillermo?” “No sé”, respondió el joven. “Me toca ganarme la vida por mi cuenta”. “Pues, que no te dé pena eso”, contestó el capitán. “Solamente ten cuidado de principiar bien y todo te saldrá bien”. Guillermo contó al anciano amigo que el único oficio que conocía era hacer jabón y candelas. “Está bien”, dijo el anciano. “Permíteme orar contigo y después te daré algunos consejos y podrás seguir tu camino”. Al terminar, al anciano le dijo lo siguiente:

“Dentro de algunos años alguien será el más distinguido fabricante de jabones de la Ciudad de Nueva York. Pudiera ser que fueres tú. Ojalá que así sea. Pórtate bien. Da tu corazón a Cristo; dale al Señor todo lo que a Él le pertenece de cada dólar que ganas; fabricas un buen jabón; y siempre da libra cabal y tengo la certeza que tú serás prosperado y llegarás a ser rico”.

El muchacho llegó a la ciudad. En la soledad de su cuarto se acordó de las palabras de su madre y de las palabras del anciano capitán. Le llevaron a “buscar primeramente el reino de Dios y su justicia”. Se hizo miembro de una iglesia. Cuando recibió el primer dólar se enfrentó con el problema de la parte que le corresponde al Señor. En la lectura de la Biblia se dio cuenta que, a los judíos, Dios había mandado que dieran la décima parte. Así él dijo entre sí: “si el Señor acepta la décima parte, esa le dará”. Y así hizo.

Diez centavos de cada dólar él consagraba al Señor. Se puso a trabajar y negociar con jabones. Hizo un jabón excelente; siempre dio libra cabal y ordenó a su tenedor de libros abrir y llevar por aparte la cuenta del Señor y que pusiera a esa cuenta la décima parte de sus ganancias.

Dentro de poco tiempo, el negocio había prosperado mucho. Al tenedor de libros le mando a poner a la cuenta del Señor, dos décimos. Mayor prosperidad hubo. Durante el transcurso de los años, aumentaba esa cuenta hasta que llegó a recibir nueve décimos, quedándose Guillermo con un décimo.

Ese muchacho llegó a ser el mundialmente famoso fabricante de jabones y pastas dentífricas Guillermo Colgate, quien ha dado millones de dólares a la obra del Señor.